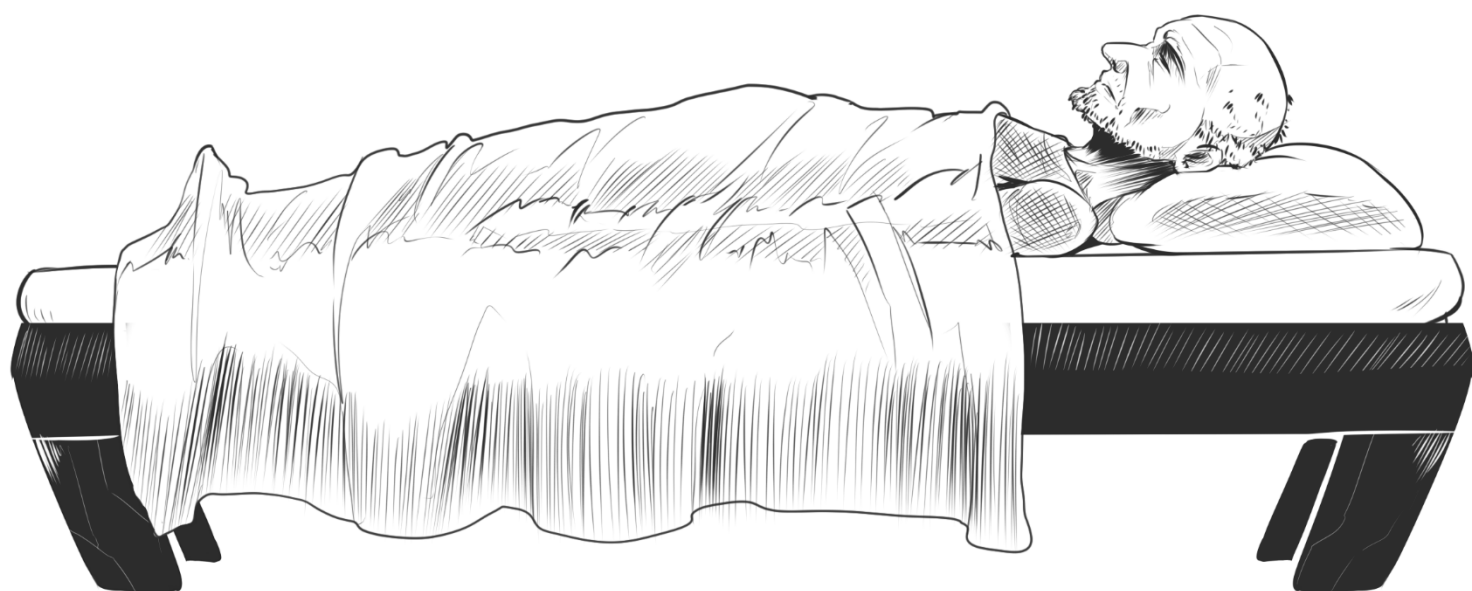


Autor: Abilio Ayuso

EL MENSAJE DEL ASTRONAUTA

Ilustrador Ronny Bravo



+14

¿Y si en realidad nuestro mundo fuera el infierno, y no nos hubiéramos enterado porque no tenemos con que compararlo?, este microrelato nos da una posible respuesta.

EL MENSAJE DEL ASTRONAUTA

Este será el único mensaje que pueda enviar, por tanto, procuraré concentrar en él toda la información posible, para que no se repita el error.

He conseguido llegar al planeta establecido, pero sus condiciones de vida no tienen nada que ver con lo esperado.

Para describir de forma objetiva este lugar, os diré que es lo más parecido que pueda existir a los infiernos descritos por todos nuestros fabulistas y narradores de fantasías mitológicas.

Aquí el dolor, el miedo y la muerte son omnipresentes y se entremezclan con todos los lugares, todos los seres, todas las vidas.

Si cualquier ser consciente supiera que ha de habitar este lugar, estoy convencido de que antes preferiría una muerte instantánea que la perspectiva de vivir esta pesadilla.

Para que os forméis una idea, os diré que la mayoría de los seres, nacen en cantidades muy superiores a las que por lógica son necesarios, para ir muriendo cruelmente en la infancia, sin poder llegar a desarrollarse, en una especie de macabro juego de azar, en que solo sobreviven unos pocos de los que inicialmente comenzaron la partida.

Acto seguido, los supervivientes, se enzarzan en una brutal batalla entre ellos, de la cual surge un dominante, que fugazmente se enseñoa del territorio y las hembras, reproduciéndose en una loca carrera contra la degradación, que llegará en apenas unos instantes, ya que, al primer signo de debilidad, otros competidores lo arrinconarán hacia el gran grupo de los vencidos.

Ni siquiera ese vencedor de entre los supervivientes, puede vivir felizmente ese instante de gloria, ya que está rodeado de miedo y padecimiento.

Si es vegetariano ha de sufrir constantemente el acecho de los carnívoros mientras defiende su trono, se reproduce, cuida su prole, etc. Durante las horas de oscuridad no hay descanso verdadero y la relajación apenas existe.

Si por el contrario es carnívoro, debe matar continuamente para sobrevivir, con el riesgo de que las presas le hieran al defenderse, o escapen y muera de hambre, asimismo puede ser atacado por otros carnívoros mayores que él.

Si la vida de los vencedores es dura y plagada de penalidades, imaginad la de los vencidos, sin territorio donde aposentarse, sin hembras con las que poder manifestar sus sentimientos de amor y paternidad, formarán el grupo de los parias hasta su muerte.

Para completar la miseria del cuadro, tanto a depredadores como depredados, vencedores o vencidos les torturan toda suerte de parásitos, hongos y microorganismos malignos de todo tipo.

Consecuentemente a este panorama, la raza de animales con mayor capacidad mental, unos humanoides que han llegado a una cierta consciencia del yo, y han desarrollado algunas habilidades para manipular su entorno y hacerlo menos hostil, han utilizado su potencial, en principio para destruir a la mayoría del resto de las especies animales y vegetales, con evidente perjuicio para sí mismos, y después para aniquilarse entre ellos con mayor eficacia.

Entre esos simios evolucionados la división entre vencedores y vencidos es más patente, aunque en este caso los vencidos pasan a ser esclavos de los ganadores, mantenidos en unas condiciones mínimas entre la vida y la muerte.

Solo se les provee de lo justo y necesario para que conserven apenas la salud que les permita afrontar las tareas penosas, pesadas y monótonas, que sus amos les exigen bajo amenaza de hambre y desamparo total para ellos y sus hijos.

Porque a diferencia de los animales inferiores, a los humanoides vencidos se les permite reproducirse con las hembras que los vencedores no desean, con el doble objetivo de que puedan generar más esclavos que alimenten la cadena y, en segundo lugar, que a pesar de que como seres conscientes comprendan lo absurdo de su existencia, no se rebelen por miedo a lo que les pueda suceder a sus hijos.

En el momento en que algunos de esos esclavos no son necesitados por los poderosos, son abandonados a su suerte y dejados morir de hambre y privaciones, y no sólo unos pocos sino grupos enteros de millones de seres.

Tampoco la fugaz vida de los vencedores es placentera, en su sociedad piramidal deben luchar constantemente: Con los inferiores en escalafón que intentan usurpar su puesto.

Con los de rango superior que intentan explotarlos y sojuzgarlos.

Con sus iguales que intentan competir con ellos y superarlos.

Y con los parásitos marginales del sistema que, mediante la violencia o el engaño, intentarán depredarlos, sin importarles cuanto mal les causen para obtener un pequeño beneficio.

La vida de estos seres es tan fugaz, que los signos externos de la plenitud física y mental se entremezclan con los primeros de la decadencia.

Su vida es una carrera contra el tiempo que les permita situar a su prole en una posición de ventaja, antes de que les llegue la decrepitud.

Con esta perspectiva, no pueden afrontar por sí mismos ningún proyecto importante en una vida tan efímera y azarosa, para lograrlo, deben pasarlo de unos a otros, durante

varias generaciones, con lo cual, no sólo la idea inicial se ve alterada, sino que la tarea realizada puede modificarse, perder el sentido, e incluso ser destruida por los sucesores.

En este mundo de horror, todo transcurre de forma tan acelerada que, en poco tiempo, cualquier vida, cualquier obra, se diluye sin dejar apenas rastro, o dejando uno completamente erróneo, bien por ignorancia o por malicia de las generaciones posteriores, por ello me resulta difícil seguir la pista de cualquier otro astronauta que como yo haya llegado a este infierno.

Escarbando entre mitos y mentiras he conseguido adivinar que no he sido el primero.

He llegado a la conclusión de que, a diferencia mía, otros exploradores utilizaron su capacidad mental muy superior a la de estos salvajes, para intentar modificar este sistema cruel y absurdo.

He analizado la tarea de uno en concreto que se hizo llamar Jesucristo. Como era de esperar, fue asesinado violentamente y sus mensajes fueron modificados y utilizados para justificar la crueldad de las élites dominantes y permitir un mayor control de los esclavos.

Creo que algún otro intentó permanecer en el anonimato, prolongando su vida mediante sus conocimientos superiores, en espera del anhelado rescate, pero les era muy difícil justificar su longevidad y generalmente eran descubiertos y aniquilados.

En mi caso, no deseo que intentéis mi rescate, ya que una transferencia mental como la mía dejaría a los transferidos en mí misma situación, y cuando una nave física pudiera llegar ya no quedaría el mínimo rastro orgánico de mí.

Acepto fatalmente mi triste fin, pero deseo que no sea en vano.

Por eso os pido que, usando el tiempo necesario, enviéis una expedición, con los medios suficientes para aniquilar todo ser vivo sobre este planeta.

La destrucción ha de ser total, no debe quedar ni un microorganismo ya que, desde el inicio, aquí la vida ha sido un abominable error, y si renaciera, seguiría el mismo patrón infernal.

No creáis que mi decisión es un acto cruel, pensar que cualquier ser que habite aquí cuando lleguéis, estará condenado a una muerte a muy corto plazo, mucho más terrible que la instantánea que vosotros les proporcionéis.

Sin dolor y sin conciencia de peligro, habrán dejado de existir.

Mi petición es un acto compasivo de amor y piedad hacia todos estos seres, para poner fin a este infierno de angustia y horror.

La energía mental que he usado para conseguir que el mensaje cruce la galaxia en este mínimo espacio temporal, que para estos nativos es una vida, me ha agotado.

De hecho, al enviar esta última porción, los que me rodean ya me dan por muerto, por favor, hacer que esta muerte haya servido para algo.

Me despido para siempre.

El Astronauta.

FIN...